

solo. Yo. En nosotros existe el hombre bueno y el hombre malo, el hijo de la gracia y el esclavo de la culpa: si en la continua y tremenda lucha triunfa aquélla, allí tiene usted al hombre bueno, si las pasiones salen victoriosas, yérguese el hombre malo en toda su espantosa deformidad. Los gemelos que usted conoció, existieron de verdad en mí mismo, pero el Juan malo murió ya por divina misericordia, y sólo queda el otro Juan para cantar la gloria de Dios. Echemos una escudriñadora mirada dentro de nosotros mismos, y encontraremos siempre á los gemelos; mas con buena voluntad, perseverancia y gracia, venceremos al malo para que el bueno pueda libremente volar hacia Dios, nuestro principio y único fin.



LA PASION DOMINANTE

I

Don Bernardino Santoyo y Viramontes, hijo de la muy noble y leal ciudad de Zacatecas, como se la llamó en tiempo de nuestros antepasados, ó de la Barranca, como la llaman los barreteros de hoy, nació pobre, muy pobre, y murió en la opulencia. Debió á su laboriosidad su fortuna, decían éstos; debióla al agio, decían aquéllos; y cuando del rico finado se hablaba, oíanse elogios por una parte y censuras por otra.

Fué Don Bernardino hombre serio y al parecer juicioso, trabajador, económico hasta la tacañería, rezador como pocos, y creyente, sin vacilaciones ni distingos, de cuantas verdades la Religión enseña; pero la codicia, que era la pa-

sión dominante del señor Santoyo y Viramontes, era también el roedor gusano de las buenas cualidades de aquél. Desde joven aficionóse á la usura, en la que vió fácil y rápido medio de enriquecerse, y aunque no cobraba un rédito exagerado, ordinariamente pasaba del límite que señalan los moralistas.

En el hogar sufrieron éi y los suyos todas las privaciones de la pobreza, y el constante dolor de que podrían librarse de ellas si la férrea voluntad del avaro fuese capaz de ceder á la razón y á los ruegos. Mas no era Don Bernardino hombre que cediese ni ante la conyugal ternura, ni ante el cariño de sus hijos; los esplendores del oro tenían para él inefable atractivo y goces supremos.

Huía de todo espectáculo, no por virtud, sino por avaricia. El deseo de acumular riquezas era insaciable, mas ¡oh miseria humana! daba por razón de su alejamiento de toda clase de diversiones, la inmoralidad de la mayor parte de éstas y llegó á vanagloriarse de una privación que no le causaba molestia ni esfuerzo alguno. Y creo que no pecho de exagerado si afirmo que el bueno de D. Bernardino llegó á creer que aquella abstención se la premiaría Dios nada menos que con la gloria eterna.

De vez en cuando la conciencia, que dice siempre la verdad, á despecho de todas las ilusiones y de todas las hipocresías, murmuraba algunas palabras al oído del señor Santoyo, pero hacíase el sordo. Aquella subía la voz, y por último, gritaba causando á Don Bernardino horas amargas y noches de insomnio.

En esos días murió un comerciante deudor del ya acaudalado prestamista, y, ora fuese que los negocios del muerto no caminasen bien, ora que los albaceas los hiciesen caminar mal, fué el caso que la atribulada viuda no pudo pagar algunos miles de duros que debía su finado esposo, y Don Bernardino, en unos cuantos meses, mediante el respectivo juicio, se adjudicó á bajo precio mercancías, fincas, muebles de lujo y cuanto quedaba del caudal del difunto. Y es fama que todo lo realizó á mayor precio del fijado para la almoneda sin que la necesitada viuda recibiese ni un solo peso del sobrante. Las hijas de Don Bernardino forjaronse la ilusión de que iban á poseer ropas de biseladas lunas, sillas de felpa y mesas de mármol; pero aquellos muebles, sólo unos días adornaron la escuela sala y las pobres alcobas del hogar, pues al punto que un activo corredor realizaba los objetos, llevábaselos por don-

de entraron con gran tristeza de la familia Santoyo.

II

Una noche presentóse la viudad del comerciante á pedir una caridad á Don Bernardino.

—¡Pobrecita! exclamó éste, y dirigiéndose á la mayor de sus hijas agregó: dile que pase á cenar.

Entre las cucharadas de frijoles y los tragos de atole, pues nada más cenó la hambrienta viuda, relató con vivísimos colores sus hondos sufrimientos y la miseria en que vivía.

Don Bernardino parecía enternecido, y al despedirse de él la viuda, díjole con solemnidad:

—Tome usted, señora, este socorro, y puso un duro en la diestra mano de la cuitada.

La viuda, que sabía bien cuánto había ganado el agiotista con los bienes del muerto, lloró, no de gratitud, sino de cólera, pero nada dijo, porque la miseria es tan débil como la impotencia.

No obstante aquella humillación, la necesidad condujo otra vez á la viuda á la casa de Don Bernardino, cenó la misma humilde cena, pero no recibió en dinero

ni un sólo centavo. La última vez que llamó á la puerta del opulento D. Bernardino, ya no hubo para ella ni siquiera el miserable bocado de otros días. Levantó los ojos al cielo quejándose, pero sin pedir venganza, y poco tiempo después murió en el hospital. Don Bernardino contribuyó para el ataúd con cincuenta centavos, y gastó, además, un peso de una misa que mandó se aplicara por el alma de la finada.

La conciencia seguía gritando á Don Bernardino, y la misericordia del remordimiento taladrando aquel duro corazón.

El señor Santoyo resolvióse á ocurrir al tribunal de la penitencia, no sé si en busca de tranquilidad ó de perdón, pues no he podido averiguar si el anhelo de aquélla ó el de éste, ó ambos, condujéronle al fin á los pies de un docto confesor.

Tampoco sé á punto fijo si el prestamista conocía todas las consecuencias de sus pecados de avaricia, pero tengo para mí que ni siquiera las sospechaba.

Sea de ello lo que fuere, es el caso que el señor Santoyo hizo algunas medianas limosnas, y en lo sucesivo sólo prestó con el interés del seis por ciento anual, sometiéndose á las canónicas disposicio-

nes, no sin hacerse gran violencia, y aun juzgándolas tiránicas; mas respetólas á fuer de creyente y piadoso.

La pasión dominante no es de las que fácilmente se doman; agazápase para erguirse luego, y cuenta con nuestra debilidad para seducirnos y sojuzgarnos. Don Bernardino no cobraba ya más del seis por ciento anual en los préstamos, pero dábase maña para alimentar su codicia y exigía los réditos anticipados, honorarios como corredor, pues aun cuando no lo era, decía: los solicitantes, si de corredor se hubieran valido, tendrían que pagar tales honorarios, y además, y esta era la mayor ganancia del agiotista, aprovechaba la situación de los necesitados para vender caro.

—Señor D. Bernardino, díjole cierta ocasión un apurado comerciante, présteme usted dos mil pesos que sobremuera me urgen. Tengo piloncillo que realizaré en seis meses; el dinero de usted está seguro.

—No tengo más de mil quinientos; pero mire usted, quiero vender una finca que vale quinientos pesos, con ella le completo los dos mil.

Después de algunas conferencias y de inútiles gestiones del comerciante por conseguir dinero, hubo de resolverse, por

suma necesidad, á aceptar la proposición del prestamista, y comprar en quinientos pesos una casa que no necesitaba y que no valía ni la mitad del precio en que le obligaban á comprarla.

Y Don Bernardino, satisfecho de no traspasar los límites fijados por los moralistas, jactábase de la fuerza de voluntad que tenía para contererse dentro del tolerado seis por ciento anual, y de su habilidad como vendedor, y el caudal del avaro crecía, crecía sin cesar como río que recibe constantemente los aludes desprendidos de los montes.

Así vivió y murió el señor Santoyo y Viramontes: la avaricia fué para él economía, viveza las trapacerías, prudencia la desconfianza y cumplimiento del deber las engañosas sugerencias de la pasión dominante.

Cuando murió hubo piadoso bonachón que al ver la devota cara de aquel hombre que no había tenido vicio, clamara compungido:

—¡Ha muerto un hombre de bien!

Frase que repitieron aún muchos que no eran bonachones.

Mas no faltaron quienes perdonando agravios, implorasen la divina clemencia para el muerto, diciendo:

—¡Perdónalo, Dios mío!